

el Austria, y excluía terminantemente el de planes agresivos del Austria. Convenía pues no detenerse allí so pena de no adelantar nada, y para salir del atolladero podía prestar muy buenos servicios la Rusia si enfrenaba su humor belicoso y quería hacerse útil diplomáticamente. Para obtener este resultado encargó Kaunitz al embajador que procurase persuadir á la corte de Rusia, al comunicarle el convenio de Versalles, de la conveniencia de indicar al gobierno francés su disposición á favor de una reconciliación con la Francia y del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambas cortes, «si la de Francia entrara en el *gran proyecto*; con lo cual daría la base para una confianza mutua y una buena y verdadera inteligencia.» Despues añadía la instrucción literalmente: «De esta manera quedaría abierta la puerta para acercarse mas ó menos, á voluntad y segun la propia conveniencia, á la corte francesa, que por su parte con esta aproximación de la Rusia se vería inducida á mostrarse mas accesible al *gran proyecto* y á no tener tanta consideración al rey de Prusia que es la causa principal de las dilaciones actuales y lo será tambien de las venideras. Sentimos mas que todo el tiempo que se pierde y no dejamos de conocer cuánto urge la rápida realización del plan á fin de evitar todas las contingencias imprevistas, y no dar ocasión ni al rey de Prusia ni á la corona de Inglaterra para prepararse convenientemente. Sin embargo por feliz curso que tenga nuestra actual negociación que ahora está en su período mas crítico, no es posible que llegue á terminarse segun todas las apariencias antes de algunos meses, y en este caso ya habría pasado demasiado tiempo para concentrar el ejército en este año, ponerlo en marcha y dar comienzo simultáneo á las operaciones, que de consiguiente habrían de quedar aplazadas hasta la primavera próxima. Entre tanto habría que encubrir nuestro juego y disipar por medios convenientes las sospechas que Inglaterra y Prusia ya han concebido, teniendo nuestro propósito secreto hasta la explosión verdadera. A esto puede contribuir la corte de Rusia con su conducta y sus explicaciones con tanta mas eficacia cuanto que Prusia é Inglaterra la observan mas, y nada hostil sospecharán de nosotros mientras los rusos no adopten una resolución decisiva.»

Estas palabras revelan el fondo del secreto de las dos potencias conjuradas para arrojar sobre el rey de Prusia, y dan á conocer el inmenso disgusto que debió de causar á la corte de Viena ver que Federico II no aguardó el ataque del Austria, y con un golpe de mano decisivo, se adelantó á la definitiva union de sus dos rivales. Federico en efecto, vió que no estaba ya en su mano evitar la guerra. Sabía que el ardor belicoso de los rusos llegaba hasta prescindir de lo que hicieran Austria y Francia, y que el influjo de éstas se reducía únicamente á fijar el momento mas oportuno para atacar; comprendía tambien que procediendo los rusos al ataque, había de imitarlos Austria, ya le conviniera entonces, ya no lo creyera tan conveniente; y si la corte de Versalles, iniciada en el plan de ataque de las potencias conspiradoras, calificaba de crimen la agresión súbita del rey de Prusia, sería señal evidente de que tambien la Francia buscaba un pretexto para asociarse á los enemigos de Federico II. Otras pruebas tendremos, además de esta, de las intenciones de la corte de Versalles

IV.—KAUNITZ, BERNIS Y LOS TRATADOS DEL 1.º DE MAYO DE 1756

En el mes de agosto de 1755 quedó decidida ya en Viena la cuestión de paz ó guerra á favor de esta por una circunstancia al parecer imprevista. En 16 de agosto resolvió el

consejo secreto del imperio guardar estricta neutralidad en la guerra terrestre inminente, y el 21 del mismo mes acordó el mismo consejo la guerra ofensiva contra la Prusia con la cooperación de la Rusia y Francia para la primavera inmediata á mas tardar. El conde de Kaunitz había asistido á uno y otro consejo; no habían ocurrido nuevos sucesos ni cambio ninguno en la situación general; de suerte que parece á primera vista incomprensible semejante contraste de pareceres y cambio tan súbito de resolución. Sin embargo es evidente que la emperatriz y Kaunitz, ya que no los demás consejeros, jamás tomaron por lo serio lo de la neutralidad, y convencidos de que la guerra terrestre era inevitable, se adhirieron en el primer consejo á la neutralidad con una segunda intención que tenía sus motivos muy claros y poderosos aunque secretos.

La resolución de neutralidad tomada en la sesión del 16 de agosto había sido precedida de negociaciones con Inglaterra durante muchos meses. Estas negociaciones tendían á que Austria se encargara de la guerra con Francia para cubrir la Bélgica y el Hanover por aquel lado, mientras nada se decía de los sacrificios que debiera imponerse la Inglaterra. A ellas puso fin la sesión secreta del consejo de Estado del 16 de agosto á la cual asistieron el emperador de Alemania, su esposa, la reina de Hungría y de Bohemia, y todos los miembros del consejo, resolviendo: «que si bien era grande la desgracia que amenazaba á la Bélgica y al Hanover, sería todavía mayor la que semejante guerra causaría al Austria; y como la prudencia aconsejaba elegir entre dos males el menor, era preferible no tomar parte en la guerra continental inevitable ya, y abandonar á la Bélgica á su suerte, antes que exponerse á la ruina completa debilitando las fuerzas disponibles por socorrer á la Bélgica.»

Esta resolución tenía dos partes enteramente distintas: primera renunciar á la Bélgica si la Francia la invadiese, y segunda no tomar parte en la guerra que amenazaba; ambas resoluciones sin embargo suponían la separación del Austria de la política inglesa que iba dirigida á la guerra con Francia.

Esta separación de la política inglesa, para poder en cambio acercarse á la Francia, debió de ser el objeto de Kaunitz y de su soberana, porque solo en favor de este objeto podían avenirse al sacrificio eventual de la Bélgica; pero nunca debieron de tener la menor intención de quedar neutrales, y si se avinieron á la neutralidad, no pudo ser mas que en apariencia para no espantar al emperador y á los ministros que no querían la guerra, y se separaban ya con harto sentimiento de la alianza con Inglaterra. Una vez hecha esta operación estaba dado el gran paso, y el canciller Kaunitz presentó inmediatamente un cuadro muy distinto de la situación de Europa y de lo que reclamaba la del Austria, cuadro que seguramente no se había presentado á su imaginación tan repentinamente como él lo pintó al emperador y á los ministros en 19 de agosto. De otro modo tendría que admitirse una de dos cosas: ó las razones aducidas en esta última conferencia contra la neutralidad adoptada tres días antes eran una pura superchería, ó existían ya antes del 16, y en este segundo caso era evidente que el canciller y la emperatriz no las habían hecho valer para alcanzar por lo pronto la primera resolución indispensable para sus planes, el divorcio con la Inglaterra. Toda la exposición de Kaunitz, con su edificio retórico de suposiciones, premisas, consecuencias, motivos y conclusiones, que presentó, estaba evidentemente preparada desde larga fecha en todos sus pormenores, aguardando solamente el momento favorable tan deseado para producirla. Este momento había venido con la separación de la alianza inglesa, tan apreciada

y venerada en el seno del gobierno austriaco, que á la sazón había recobrado su libertad de acción y se hallaba en aquella disposición, que en la química se llama el estado naciente, en que se entra con asombrosa facilidad en nuevas combinaciones quizás radicalmente opuestas á la que se acaba de abandonar. Era el mismo plan antiguo, convenido con la emperatriz, que había llevado Kaunitz años antes á Paris, y que despues de una desviación momentánea, había vuelto á Viena, donde se había aplazado su realización algunos años por no ser propicio el tiempo. Entonces volvía á ponerse sobre el tapete, porque la guerra marítima entre las dos potencias que habían hecho la paz de Aquisgran á expensas del Austria, había creado una situación tan propicia, que quizá no volvería á presentarse otra mejor: observación que por cierto no debió de ocurrir á Kaunitz el 19 de agosto por primera vez.

La exposición que presentó á la conferencia del 19, ha encontrado dos analizadores, Arneth y Beer (1), cuyos escritos dan á conocer con suficiente seguridad, que las consecuencias que sacó Kaunitz de sus premisas, aunque en lo principal eran exactas, no se deducían lógicamente de estas, antes se hallaban con ellas en contradicción flagrante. No podía ser de otra manera, porque su objeto era presentar como forzosa una guerra ofensiva para la cual no existía motivo alguno. Este es el punto capital que se debe tener muy presente cuando se quiere saber quién fué el autor moral de los horrores que llevó consigo la guerra europea de Siete años.

En la exposición del conde de Kaunitz son interesantes las consideraciones siguientes: «Francia no quiere guerra continental; quiere arreglar sola su duelo con la Inglaterra. Esta última tampoco quiere guerra continental, pues á no ser así, haría algo por los Países Bajos. Menos que nadie quiere guerra la Prusia, que contra su costumbre se estará «muy sosegada» con grandísima satisfacción de las potencias marítimas, mientras que la Francia sigue teniendo razones de mucho peso para no permitir que se cercene su poderío. De consiguiente ni la Bélgica, ni Hanover ni Austria tienen que temer ataque alguno; en una palabra, no amenaza ninguna guerra en el continente.»

Todo esto era exacto y cosa sabida de todo el mundo, cuando Kaunitz lo leyó al consejo; y aun el gobierno inglés había abierto los ojos y comprendía que hasta entonces había trabajado para alimentar la guerra, creyendo favorecer la paz general, y que para lograr la paz era menester cambiar de rumbo.

Ahora bien, si ni Francia, ni Prusia, ni Inglaterra querían la guerra, y evitaban todo lo que podía provocarla, ¿por qué la proposo Kaunitz al gabinete de Viena reunido en sesión solemne? A esta pregunta contesta él mismo en su exposición: porque es preciso aniquilar á la Prusia, y para ello se presenta una ocasión magnífica con solo que la Francia se deje vencer. La Prusia ha de ser desmembrada si la casa de Austria ha de vivir; porque aquella es un peligro permanente; siempre está en acecho y siempre pronta á precipitarse sobre su presa. A semejante adversario es preciso ganarle por la mano so pena de ser víctima de una sorpresa. Conviene, pues, no aguardar el ataque del enemigo hereditario; ni debe limitarse la venganza del vencedor á recobrar simplemente la Silesia que le fué arrebatada. Podría darse á la Suecia la Pomerania Anterior con Stettin; á la Sajonia, Magdeburgo; á la casa palatina Pfalz Cléveris, el condado de Mark; al Hanover el distrito de Halberstadt y al gran duque de Rusia

(1) Véase su trabajo sobre la política del Austria en 1755 y 1756 en la *Historische Zeitschrift*, tomo XXVII (1872), pág. 322-327.

un aumento territorial para su ducado de Holstein. Teniendo por aliados la Suecia, la Sajonia, el Palatinado, la Rusia y el Hanover (que por cierto es muy extraño que Kaunitz lo haga figurar aquí), es suficientemente fuerte el Austria para llevar á buen fin este plan grandioso, si Francia solamente se decide á dos cosas, á anular su alianza con la Prusia y á facilitar dinero que necesitará muy en particular la Rusia si tiene que poner en campaña 80,000 soldados. Solo falta que la Francia se avenga á un convenio de subsidios y podrá arrojarse sobre la Prusia un total de 250,000 hombres en la primavera de 1756.

No se atrevía pues Kaunitz á esperar que sacaría mayor partido de la corte de Versalles que una participación indirecta en su vasta empresa, pareciéndole ya un gran resultado la separación de Francia de la Prusia; pero tampoco necesitaba mas que esto y los subsidios franceses segun su cálculo para salir airoso. Para lograr este minimum de apoyo, tan modesto si se compara con lo que despues obtuvo, ofreció casi la misma compensación que posteriormente consintió en dar por el maximum de sus exigencias, á saber: la cesión al yerno del rey de Francia, el infante don Felipe de España, de los Países Bajos del Austria, para indemnizarle de sus ducados de Parma, Piacenza y Guastalla; el permiso al rey de Francia para ocupar las plazas de Ostende y Nieuport en el curso de la guerra, y su conservación indefinida, y finalmente el apoyo del Austria al príncipe de Conti en su candidatura á la corona electiva de Polonia.

A esto se reducía la compensación que el Austria ofrecía á la Francia, y medítandolo bien, ocurrió al mismo Kaunitz el temor de que el gobierno de Versalles cayera en la cuenta de que el negocio planteado así, era demasiado ventajoso para el Austria y demasiado mezquino para inducir á la Francia á renunciar á su política de dos siglos, y á pagar además crecidos subsidios.

No anduvo errado Kaunitz. Despachado el correo con las proposiciones el 21 de agosto, fueron entregadas el 29 en manos del embajador austriaco en Paris, conde de Starhemberg, y el 19 de setiembre recibió el gabinete de Viena la contestación que venía á ser en el fondo una negativa redonda.

En las memorias y cartas (2) de Francisco Joaquin de Pierre de Bernis, entonces abate y despues cardenal, encontramos la relación de todo este negocio, relación tanto mas veraz cuanto que Bernis no solamente estaba mas enterado que nadie de este asunto en toda la corte de Versalles, sino que no oculta la parte que le cupo en el grandísimo pecado y en la caída moral del gobierno francés.

Cuarenta años tenía el abate cuando ocurrió el suceso que aquí narramos, el cual puso á prueba con brillante resultado el crédito que gozaba Bernis cerca del rey. Entonces la marquesa de Pompadour, á quien Bernis debía su influencia, se vió, por primera vez y por medio de este abate, en situación de prestar servicios diplomáticos á su antiguo amigo Kaunitz, de tomar afición á la política, y de elevarse á la altura de ministro principal del rey.

Francisco Joaquin de Pierre de Bernis nació el 22 de mayo de 1715 y era hijo menor de un capitán retirado del ejército. Su padre, descendiente de una familia antiquísima, vivía en su castillo de Saint Marcel en el Vivarais disfrutando y solazándose á su manera sin cuidarse de nada. Había dedicado á su hijo á la carrera eclesiástica, y este despues de haber hecho sus estudios de una manera sobresaliente en el

(2) Publicadas con autorización de su familia sobre manuscritos inéditos por FEDERICO MASSON con una introducción del mismo. Paris 1878.

colegio de Luis el Grande y en el seminario de San Sulpicio, había ingresado en el número de los abates de «alzacuello á la romana» (*à petit collet*) que gozaban de todas las ventajas del estado eclesiástico sin tener sus obligaciones. Tenía talento para hacer versos, y bastante prudencia para ejercerlo con aquella moderación que facilita buenos padrinos. Otros escribían epigramas y su recompensa eran palizas, prisión y destierro como hemos visto que sucedió á Voltaire, pero Bernis se ceñía al ramo de loas y panegíricos, y cantando al rey, y ensalzando á duques, condes y barones, encontró protectores opulentos de uno y otro sexo, que le convidaban á porfía á su mesa, y una señora hasta pagó generosamente las deudas que ascendían á 12,000 libras del abate vidvidor. Fué esta protectora la señora D'Etioles, despues marquesa de Pompadour. Antes de conocerla había prosperado ya el abate hasta el grado de recibir una pensión de 1,500 libras y de ser nombrado académico á la edad de 29 años. Desde entonces, es decir, á contar desde el año 1744 era Bernis ya hombre hecho; y cuando la bella señora D'Etioles llegó á ser reconocida públicamente, desde diciembre de 1745, como «amiga del rey,» y dispensó también su amistad al abate, vivió éste ya allanados todos los obstáculos y abiertas todas las puertas que se habían opuesto á su ambición.

Los versos que hacía fueron dedicados desde entonces á la marquesa de Pompadour, que aspiraba el incienso de la poesía con inmenso deleite, y los que lo quemaban en sus aras se encontraban en muy buena compañía, porque entre ellos estaban Voltaire, Marmontel y Duclos. La Pompadour reconoció al parecer muy pronto en el joven abate un partidario mas fiel que los que hasta entonces la habían celebrado y que acaso mas adelante habían de insultarla. Así fué el abate su favorito, el único que poseyó toda su confianza, y de cuya carrera se cuidó con una solicitud grande que no trataba de ocultar. La carrera mas indicada para un abate que además de un apellido distinguido, y de poderosos protectores, manejaba bien la pluma, era observador sagaz, y sobre todo no podía ser tachado de timorato, era la de la diplomacia; y en su consecuencia obtuvo á la edad de 37 años en 1752 la embajada de Venecia, que llevaba consigo una vida deleitosa, un campo de observación muy vasto, y en el fondo poca responsabilidad. En el verano de 1755 fué relevado de este puesto, llamado á Paris y enviado con el mismo carácter á Madrid; pero á punto de partir de la capital de Francia para pasar á su nuevo destino, recibió un billete de la marquesa su protectora, que dió á su vida un giro enteramente inesperado y le detuvo por lo pronto en la corte.

Cuando á su regreso de Venecia volvió á ver á su amiga, ya no era esta lo que había sido cuando se despidió de ella tres años antes. La enfermedad había impreso en ella sus huellas y menguado sus atractivos. Su refinada habilidad en el arte de agradar, que desde su infancia le había inculcado su madre, maestra sapientísima en este arte, que la hija había llevado con un talento ciertamente superior hasta la mas consumada perfección, no producía ya resultado en el soberano, disoluto y ahito de placeres; en una palabra en un tiempo relativamente corto había cesado la Pompadour de ser la concubina favorita del rey, pero solo para encargarse de un nuevo papel, á saber: el de una complaciente amiga que muy pronto llegó á ser la soberana de su ex amante. En su «Parque de los Ciervos» encontraba el rey lo que ya no buscaba en la Pompadour, mientras la constante renovación de la caza anónima, que se hacía en aquella residencia con indescriptible cinismo y brutal depravación, no podía dar lugar, por la misma incesante variación, á relaciones que hubiesen podido dar por resultado alguna rival á la marque-

sa. Muchas penas y muchos desengaños amargos tuvo que comunicar á su amigo Bernis, y su porvenir se le presentaba muy tétrico, cuando el embajador de Austria, conde de Starhemberg, solicitó su mediación para iniciar un asunto diplomático mas grave que los que hasta entonces había entablado con el gobierno francés.

Véase cómo Bernis refiere este suceso en sus Memorias correspondientes al principio del mes de setiembre de 1755: «Me estaba preparando para emprender mi viaje á España, cuando una noche al salir del despacho del señor Rouillé (el ministro de negocios extranjeros) recibí un billete de la señora de Pompadour suplicándome que me presentara sin falta en su casa á las 10 de la mañana siguiente. Comprendí luego que se trataba de un asunto importante y urgente, pero jamás había imaginado ni por sueño de qué se trataba. Me presenté á la hora fijada y la marquesa me enseñó una carta del conde de Starhemberg, ministro plenipotenciario de sus majestades imperiales (el emperador de Alemania y su esposa la soberana del imperio austriaco), que solicitaba una audiencia de la señora de Pompadour para hacerle una comunicación secreta que le había encargado la emperatriz; al propio tiempo solicitaba que el rey designara á uno de sus ministros para asistir á la entrevista, comunicar á S. M. las proposiciones, y al embajador la contestación que se dignara dar.»

No carece de importancia la manera que se empleó para iniciar un negocio que tan grandes consecuencias tuvo. Las primeras líneas escritas en este asunto se dirigieron á la Pompadour, y el primer hombre que lo comunicó al rey no fué ninguno de sus ministros, sino uno de sus embajadores que se encontraba accidentalmente en Paris. Este hecho solo es ya una prueba de cuán desesperado debía de parecer á los iniciados el pensamiento de lograr su objeto por la vía regular de los conciertos de gabinete á gabinete.

Veamos ahora cuáles fueron las primeras impresiones que produjo el negocio en el hombre destinado por la suerte á tomarlo despues en sus manos y llevarlo á cabo. Antes de saberse una sola palabra de la comunicación austriaca, era ya evidente para cualquier hombre práctico por la manera de iniciar el asunto, que aquella comunicación ofreciera una alternativa imposible de eludir, y que en efecto espantó á Bernis á juzgar por lo que dice él mismo en sus Memorias: «En esta manera de comenzar la negociación no vi yo otra cosa mas que un lazo que se preparaba al rey, y un escollo peligrosísimo para mi fortuna y tranquilidad. Pregunté á la señora de Pompadour si me había propuesto á S. M. para esta confidencia; pero me aseguró que el rey de su propio impulso me había preferido á todos sus ministros, no solamente por estar convencido de mi idoneidad, sino porque conocía la preocupación de sus ministros contra la corte de Viena.» En corroboración de esta opinión dice el mismo Bernis que en el *consejo* (del gobierno) fuera del rey y acaso de Machault «todos eran prusófilos.»

Bernis manifestó á la marquesa el concepto que le merecía la corte de Viena, diciendo que una de dos: ó procedía con sinceridad ó no; y en ambos casos los peligros para la Francia eran igualmente grandes. En el primero se enredaba la Francia en una guerra con Prusia que conduciría á una guerra general «la cual, dice, disgustará á toda la nación, porque nada tenía que ver con sus intereses, ni tampoco disponía el rey de generales acreditados ya, ni estaba su hacienda en situación de soportar la balumba de una doble guerra marítima y terrestre.» En el caso segundo, que no tenía nada de improbable atendido el antiguo odio que la casa de Austria profesaba á los franceses, solo podía ser el objeto de esta potencia enemistar á la Francia con sus aliados para tratar finalmente con Inglaterra, Holanda, Rusia y

acaso con la Cerdeña contra la Francia. No convenía, pues, dar al rey de Prusia motivo de desconfianza ni pretexto para abandonar la alianza francesa so pena de dejar á la Francia aislada; cuanto mas que una vez separada de la Prusia ya sabría encontrar la corte de Viena motivos para romper las negociaciones.

Estaba hablando todavía Bernis cuando el rey, con el cual no había hablado nunca de negocios, entró en la estancia y preguntó en tono seco á Bernis qué pensaba de la carta de Starhemberg. Bernis contestó sin titubear todo lo que acababa de decir. El rey le escuchó con manifiesta impaciencia y le dijo despues «casi enfadado»: «V. es adversario de la reina de Hungría lo mismo que los demás;» á lo cual replicó Bernis jurando que nadie era capaz de admirar mas sinceramente que él á la emperatriz María Teresa, ni ignoraba tampoco cuánto deseaba esta soberana una alianza con la Francia, ni el objeto que tenía cuando envió el conde de Kaunitz, ni lo que había dicho en Viena á Blondel, el encargado de negocios francés; pero que todo esto no podía hacerle cambiar de parecer, por lo cual suplicaba á S. M. que consultara sobre ello á los ministros que mas confianza le merecían. «Bien, dijo el rey todavía algo excitado, que se haga pues una fina cortesía al Sr. de Starhemberg, y que se le diga que nada se quiere saber.»—«No es ese mi parecer, señor, le contestó Bernis; V. M. no puede sino ganar es cudiñando las intenciones de la corte de Viena, con tal que se medite bien lo que se conteste.» Al decir esto se serenó la cara del rey, que mandó al abate oír al conde de Starhemberg en presencia de la marquesa de Pompadour, que asistiría solo á la primera conferencia. Bernis exigió para esto una autorización escrita del rey, que efectivamente este escribió y firmó, y al entregar el documento á Bernis observó este en su fisonomía una expresión de satisfacción y de alegría como le pareció no haber todavía observado jamás. Cuando el rey se hubo alejado, supo Bernis todavía por la Pompadour, que Luis XV siempre había sido favorable á los deseos del conde de Kaunitz, ya por amistad á la emperatriz, ya por consideraciones á la religión, ya por poca fe en el rey de Prusia que tantas veces le había faltado y que de consiguiente podía faltarle también en adelante. Con esto convencióse Bernis de que el rey en su interior deseaba verse libre de la alianza con Prusia, ora por la diferencia de religión, ora por las expresiones poco comedidas que el rey de Prusia había soltado en muchas ocasiones sobre su gobierno y su persona. Luis XV se sentía agraviado del tono poco respetuoso que usaba el margrave de Brandeburgo al tratar de un rey como el de Francia.

De la relación de Bernis resulta con la mayor claridad que el rey Luis se inclinaba personalmente y hasta con cierta pasión á una alianza con Austria, á cuya tendencia no contribuía poco la manera de expresarse que tenía Federico II respecto de su corte, y probablemente, aunque de esto nada dijo Bernis, la parte que tenía en la misma disposición de ánimo el despacho de la Pompadour, motivado además por un ultraje directo y personal que le había hecho el rey de Prusia, segun se ve por una carta de Voltaire dirigida á una señora Denis y fechada en Potsdam en 11 de agosto de 1750 (1). Cuando Voltaire se despidió en el mes de junio del mismo año de la marquesa en Compiègne, encargóle esta, que hiciera presente al rey de Prusia su alta consideración y respeto, en términos tan humildes como estos: «Si á tanto pudiera atreverme», «si el rey me perdonara la libertad que me tomo», etc. Voltaire creyó que esta atención encontraría buena acogida; pero el rey se contentó con decirle secamente: «No la conozco.»

(1) Véase THIERIOT, *Voltaire en Prusse*.
ÉPOCA DE FEDERICO EL GRANDE

En dos conferencias que se verificaron con el mas profundo secreto en 7 y 9 de setiembre, cambiaron Starhemberg y Bernis, aquel su misiva y este la contestación. Con increíble sorpresa se enteraron el abate y la marquesa del vasto plan de guerra y de alianza trazado por María Teresa, plan que su autora no titubeaba en proponer con una franqueza espantosa al aliado de su enemigo mortal. Starhemberg al leer su exposición se detenía á cada renglon para adivinar por la fisonomía de sus dos oyentes la impresión que les causaba, pero los dos se habían prometido mutuamente no pestañear siquiera, y tan bien cumplieron su promesa, que al concluir la conferencia no tuvo Starhemberg el menor indicio sobre el éxito de su misión. Así la contestación que en nombre del rey le leyó dos días despues el abate fué para él un cruel desengaño, porque á pesar del tono por demás cortés y afectuoso en que estaba redactada dejaba traspasar al través de toda clase de frases melosas y retóricas la resolución firme de no emprender ni permitir que se emprendiera nada contra su aliado el rey de Prusia. Con esto estaba dicho todo. El conde de Kaunitz lo comprendió así al momento y aconsejó á la emperatriz que renunciara completamente á su plan, y volviera, por mucho que le repugnase, á la resolución anterior de la neutralidad, pues que la esperanza con que se habían lisonjeado por un instante, y que habría sido una falta imperdonable no poner á prueba, se había frustrado evidentemente. En su consecuencia se remitió órden á Starhemberg en 27 de setiembre de declarar al rey que la emperatriz renunciaba á todo el plan, pues que con la contestación de la corte de Francia había perdido su base, pero que estaba dispuesta á entenderse con Francia, España y otras potencias para una acción común contra aquella que principiara una guerra en el continente, y deseaba oír sobre este particular las proposiciones de la corte de Francia.

Con esto se dió pie á una larga correspondencia entre las dos cortes, que produjo una proposición francesa para un tratado de garantía y amistad entre las dos cortes, inspirado por el deseo de separar al Austria de la Inglaterra sin imponer ninguna clase de obligaciones á la Francia. Véase cómo se expresa sobre esto Bernis: «Entreví la posibilidad de separar á la emperatriz de su alianza con Inglaterra, y de conservar la paz continental obligando al rey de Prusia á no faltar á la paz de Aquisgran. Me ocurrió la idea de un tratado de garantía mutua de los dominios europeos del rey (de Francia) y de los de la emperatriz, para el cual se solicitase luego la adhesión de los aliados de aquel y de esta, con excepción de Inglaterra.»

Marchaban las negociaciones sobre esta proposición francesa con gran actividad, cuando el duque de Nivernois, á quien el gobierno francés había enviado á Berlin con una misión mas honda, como veremos mas adelante, que la aparente de tomar el pulso político á Federico II, comunicó á su gobierno la noticia positiva del tratado de Westminster firmado entre la Prusia y la Inglaterra. El abate Bernis quedó tan sorprendido de esta noticia como lo quedaron el rey y los ministros, los cuales habían sido impuestos entre tanto en el secreto de las negociaciones con la corte de Viena. La política austriaca ganó entonces muchísimo terreno, como es de presumir. Bernis declaró, á fin de castigar al rey de Prusia por haber ocultado á su aliada, la Francia, sus negociaciones con Inglaterra, que la Francia miraría con los brazos cruzados que la Rusia y el Austria le atacasen para arrancarle la Silesia, pero que á esto se limitaría también todo el castigo, porque aquellas dos potencias eran suficientes para realizar la empresa, sin la cooperación activa de otras potencias. La Suecia, decía Bernis, preferirá la amistad de la Francia á la de la Prusia, y bastará ofrecer subsidios